

LOS FESTIVALES DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA. SÍMBOLOS Y SENTIMIENTOS EN LAS FIESTAS REVOLUCIONARIAS, 1789-1799

Sandra Beatriz Sánchez*

Universidad de Los Andes, Bogotá

RESUMEN

El texto que aquí se presenta es una aproximación inicial al tema de los festivales de la Revolución francesa durante la década revolucionaria, entre 1789 y 1799. Se concentra en algunas similitudes y diferencias entre los festivales y las fiestas tradicionales populares del antiguo régimen, y examina el uso de la simbología retórica revolucionaria en las celebraciones de la Revolución. El trabajo argumenta, a su vez, que los festivales revolucionarios, definidos como rituales, no lograron cumplir cabalmente su propósito, esto es, servir de estrategia político-pedagógica efectiva.

PALABRAS CLAVE: Festivales revolucionarios, fiestas tradicionales populares, Revolución francesa, antiguo régimen, ritual, retórica revolucionaria, siglo XVIII.

ABSTRACT

The text offers an initial approach to the theme of festivals celebrated during the French Revolution during the revolutionary decade, between 1789 and 1799. It concentrates on some of the similarities and differences among the popular traditional festivals and feasts of the ancient regimen, and examines the use of revolutionary symbolic rhetoric in the celebrations of the Revolution. At the same time, the essay argues that the revolutionary festivals, defined as rituals, were unable to fulfill their purpose, that of acting as an effective political pedagogic strategy.

KEY WORDS: Revolutionary festivals, popular traditional feasts, French Revolutionary, old regimen, ritual, revolutionary rhetoric, 18th century.

* La autora agradece a Kendra Wormald por su ayuda con la lectura de los textos en francés, y a Adriana Alzate y Catalina López por su colaboración con la traducción.

INTRODUCCIÓN

Los llamados festivales revolucionarios constituyeron una importante estrategia de persuasión política durante la Revolución francesa. Eran fiestas oficiales con el objeto de introducir los ideales fundamentales de la Revolución en el pueblo francés: libertad, igualdad y fraternidad. Con ellos se pretendía divulgar, pero especialmente *enseñar*, los pilares conceptuales del discurso revolucionario, de modo que las creencias que definían la Revolución, y en virtud de las cuales ésta se imponía en el territorio francés, fueran aprehendidas y apropiadas. Los festivales revolucionarios se caracterizaron por el uso permanente de imágenes, símbolos y alegorías con los que se motivaban sentimientos de entusiasmo para con las tendencias políticas y los ideales de transgresión asociados a la Revolución. Las fiestas revolucionarias se destacaron por su colorido, pero también por su rigurosa solemnidad; en las celebraciones era frecuente la aparición de campanas e himnos que acompañaban los desfiles y ceremonias, llenando las plazas y calles de la París revolucionaria.

El presente trabajo es una introducción al estudio de los festivales de la Revolución francesa entre 1789 y 1799, época en que estas celebraciones vivieron su apogeo y también su decadencia. Aquí se explora la forma en que los festivales revolucionarios adoptaron algunas formas rituales y modos simbólicos de las fiestas populares, aunque con marcados matices que en definitiva los diferenciaron significativamente. El artículo también argumenta en favor de la importancia de reflexionar en torno al pretendido impacto del uso de imágenes y símbolos en el contexto de los festivales: los sentimientos y emociones motivados por dichos recursos posibilitarían, eventualmente, el éxito de los propósitos trazados por la fiesta revolucionaria. El trabajo propone, en definitiva, considerar los festivales de la Revolución francesa como estrategias político-pedagógicas de corto alcance, definidas como rituales que, al estar fuertemente condicionadas por los esquemas retóricos de la élite revolucionaria, no lograron impulsar de lleno el giro cultural propuesto y necesario para una revolución duradera.

Las fuentes utilizadas en la elaboración de este texto se dividen en dos, primarias y secundarias. Las primarias, o de archivo contemplan, por una parte, los periódicos de la época y, por otra, la traducción microfilmada de los documentos de la programación oficial de los festivales revolucionarios, consignados en *The French Revolution Collection*. Las fuentes secundarias comportan una serie de textos sobre dos temáticas principales, los festivales revolucionarios y las fiestas populares, junto a una literatura adicional en torno a la Revolución francesa.

LA RETÓRICA POLÍTICA Y LA EDUCACIÓN: BÚSQUEDA DE UN CAMBIO CULTURAL REVOLUCIONARIO

Desde sus inicios, la Revolución francesa se concibió a sí misma como una ruptura drástica con la sociedad de privilegios tradicional e imperante, como una alternativa sólida al poder monárquico y a las instituciones religiosas que representaban y apoyaban las dinámicas de opresión predominantes en el antiguo régimen. La década revolucionaria se consideró una época nueva, un tiempo de regeneración en el que se hacía imperativo suprimir cualquier vínculo con las concepciones previas, y en el que se buscaba establecer un marco social, político y cultural completamente distinto. Entre 1789 y 1799 se persiguieron ideales de libertad e igualdad y se luchó por la soberanía, no basada en la posición individual y arbitraria del monarca, sino en la colectividad, en los ciudadanos, en el pueblo.

Esta lógica de distanciamiento radical precisaba un cambio cultural importante, sobre todo al interior de los sectores populares de la sociedad.¹ El pueblo francés no podía, pues, seguir pensando ni actuando bajo parámetros previamente establecidos. Pero producir un vuelco tan significativo implicaba llevar a cabo varias maniobras complicadas. Primero, era fundamental la creación de una retórica política diferente, que contemplara nuevos símbolos e imágenes capaces de ejercer una persuasión que contribuyera a la deseada ruptura con el antiguo régimen. También resultaba imperativo saturar de esta nueva retórica política la vida cotidiana de todos los sectores sociales, haciendo un uso permanente de sus elementos. Cosas tan simples como la incorporación de ciertos atuendos y objetos a la esfera social alimentaron esa retórica de la Revolución. Fueron clave, por ejemplo, los accesorios del vestuario. Un sombrero, unos pantalones y el modo de llevarlos hablaban de la gente sin más, pues a pesar de que los “revolucionarios quisieron romper con el sistema de distinciones (...) continuaron creyendo que el vestido revelaba algo sobre la persona. El atuendo era, tal cual, políticamente transparente: uno podía descifrar el carácter político de una persona viendo cómo se vestía”.² Los medallones decorados con Libertad, con gorros frigos y balanzas, así como las banderas tricolores y los ojos vigilantes, fueron importantísimos y estuvieron cargados de significados revolucionarios.

De la mano de la creación y uso de esa retórica política revolucionaria estuvo la educación en torno a los ideales de la Revolución, como táctica

1. Este es uno de los argumentos centrales de Lynn Hunt en su libro *Politics, Culture and Class in the French Revolution*, Berkeley, University of California Press, 2004, pp. 19-51.

2. *Ídem*, p. 82 (la traducción es mía).



Figura 1. Medallón de la República, 1792. Tomado de Lynn Hunt, *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1984, p. 61.

para precipitar el cambio cultural esperado. Así como la retórica revolucionaria, esta educación estuvo dirigida a todos los sectores de la sociedad, pero especialmente a los menos favorecidos, pues parecía evidente la importancia del papel que éstos podían jugar en la Revolución. A pesar de que la élite revolucionaria se enfrentó a la dificultad de definir hasta qué punto el pueblo francés –la multitud, como se le llamaba– podía gozar de ciudadanía y, por ello, concebirse como un actor más del proyecto revolucionario, era claro que su participación no era menos decisiva que la de los promotores intelectuales y gobernantes de la Revolución. La pasada experiencia de la Bastilla mostraba cuánto podía contribuir el pueblo a acelerar el proceso de ruptura con las instituciones tradicionales; al mismo tiempo, el fortalecimiento de los *sans-culottes* confirmaba la necesidad de darle un

lugar al pueblo dentro del programa establecido contra el antiguo régimen.³

Dentro del contexto de la retórica política y la educación, los festivales revolucionarios se convirtieron en ceremonias clave, que garantizaban la puesta en marcha del pretendido vuelco cultural revolucionario. Estas celebraciones constituyeron la estrategia político-pedagógica por excelencia de la élite revolucionaria, preocupada principalmente por la enseñanza de los nuevos ideales e imaginarios. De hecho, “en el transcurso de la Revolución no hubo debate sobre educación en el que la pregunta por los festivales no surgiera ni tampoco debate alguno sobre los festivales en el que no se dijera que éstos debían ser educativos”.⁴ Las fiestas de la Revolución fueron, de este modo, ceremonias educativas, populares, en las que los elementos simbólicos de la retórica política revolucionaria se tomaron la escena del festival. Según Mona Ozouf, una de las académicas con mayor producción sobre la Revolución francesa, estos elementos simbólicos fueron considerados por los promotores de la Revolución como dispositivos determinantes dentro de las estrategias de persuasión aplicadas a los sectores populares. Para la élite revolucionaria, asegura Ozouf, los símbolos utilizados en los festivales, más allá de cualquier otra táctica retórica, podían provocar sentimientos poderosísimos, capaces en últimas de generar cambios fundamentales en las ideas previamente concebidas y establecidas.⁵ Así, en la programación de los festivales revolucionarios se contempló siempre el uso de símbolos, imágenes y representaciones que avivaran las emociones y resultaran educativos.

El Festival de la Razón, por ejemplo, celebrado en Notre Dame el 10 de noviembre de 1793, tuvo la forma de una obra teatral en la que una mujer personificaba a la Libertad luchando contra la tradición; también aparecían los bustos de varios filósofos, representando con ello la importancia del trabajo intelectual. Se trataba de un culto a la razón. El propósito central de este festival fue deplorar la superstición y hacer un llamado a la racionalidad. El Festival del Ser Supremo, celebrado el 8 de junio de 1794 en Le Champ de la Réunion, utilizó como escenario central de su ceremonia una montaña que representaba la posición radical del gobierno revolucionario de turno. La figura sobresaliente en esta fiesta no fue ahora Libertad sino un esbelto Hércules quien, de pie, sostenía en sus manos a Libertad e

3. *Sans-culottes* era el nombre que recibían generalmente los miembros de ciertas capas inferiores de la sociedad, principalmente los artesanos y comerciantes menores. Los *sans-culottes* constituyeron la fuerza popular de la Revolución, jugando un rol crucial dentro del proyecto revolucionario, como actores armados (en el caso de *La Bastilla*, por ejemplo) y como actores políticos (al participar en las asambleas).

4. Mona Ozouf, *Festivals and the French Revolution*, Massachusetts, Harvard University Press, 1988, p. 198.

5. *Ídem*, pp. 203-205.

Igualdad. Un gorro frigio en la cima de la montaña y numerosas banderas tricolores simbolizaban el fin del sometimiento y la satisfacción y el orgullo revolucionarios.

LOS FESTIVALES REVOLUCIONARIOS Y LAS FIESTAS TRADICIONALES: ALGUNAS SIMILITUDES Y DIFERENCIAS GENERALES

Entre 1789 y 1799 se estableció un programa completo de festivales revolucionarios y *fêtes décadaires*, concebidas para tener lugar en los días en que se conmemoraban fechas especiales relacionadas con los triunfos de la Revolución. Así, el Festival de la Federación, que tuvo lugar el 14 de julio de 1790, se realizó con motivo del primer aniversario de la caída de la Bastilla y del comienzo de la República. Este festival fue la oportunidad para celebrar el fin del poder monárquico y el surgimiento de la nueva era.

En general, los festivales revolucionarios y las *fêtes décadaires* se celebraban durante el *décadi*, esto es, el décimo día de la nueva semana instituida por el calendario revolucionario. El *décadi* reemplazaba al domingo tradicional en cuanto se establecía como día de descanso y festejos, aunque, claro está, sin la connotación religiosa tradicional del domingo. Precisamente, el *décadi* y el calendario decimal revolucionario pretendían romper con el antiguo calendario gregoriano, que evocaba un pasado lleno de supersticiones religiosas.

Los festivales revolucionarios y las *fêtes décadaires* combinaron los símbolos e imágenes de la retórica revolucionaria con algunos elementos de las fiestas populares tradicionales. Estas últimas representaban un legado cultural que, a pesar de basarse en perspectivas muy distintas a las de los festivales, les comunicó sin embargo ciertos parámetros.

Así como las fiestas tradicionales, los festivales revolucionarios y las *fêtes décadaires* eran ceremonias públicas y colectivas, y se llevaban a cabo en espacios abiertos, de acceso común a todos. Las plazas, campos y calles eran los sitios destinados para las celebraciones revolucionarias; y eran los apropiados porque permitían la participación masiva de la gente y su entretenimiento, tal y como sucedía en las fiestas tradicionales. Durante la Revolución, “en la búsqueda de espacios para los festivales, los organizadores nunca perdieron de vista el siguiente imperativo: el entretenimiento público debía poder extenderse sin problema y sin obstáculos”.⁶ La recreación era, pues, un componente crucial.

6. *Ídem*, p. 127.



Figura 2. Festival de la Razón, noviembre de 1793. Tomado de Lynn Hunt, *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1984, p. 64.

Siguiendo de nuevo los parámetros de las fiestas tradicionales, en las celebraciones revolucionarias los desfiles y procesiones constituían una práctica generalizada. El Festival de la Federación, por ejemplo, fue una ceremonia en la que innumerables miembros de la Guardia Nacional y de las tropas regulares del Ejército Nacional llegaron a París de todas las provincias de Francia, con el fin de desfilarse y realizar el pacto federativo. Hicieron un enorme desfile en Le Champ de Mars ante una multitudinaria audiencia, con participantes de los sectores populares de la ciudad. Y algo similar sucedió en el Festival del Ser Supremo, donde se llevó a cabo una gran parada. En los documentos de planeación del festival se encuentran los detalles del desfile:

Los ciudadanos saldrán de sus respectivas secciones formados en dos columnas, cada una de seis: los hombres y los niños a la derecha, y las mujeres, las jóvenes y los chicos menores de ocho años, a la izquierda. El escuadrón del batallón de la juventud se localizará entre las dos columnas, en el centro (...) Una vez se llegue al Jardín Nacional, las columnas de hombres se reunirán en una parte del Jardín, junto al llamado Terrasse des Feuillants, las columnas de las mujeres y chicos junto al río, y el escuadrón del batallón de la juventud en la gran avenida en el centro (...) Un segundo redoble de tambores señalará el momento de salir rumbo al Champ de la Réunion. La marcha se organizará de la siguiente manera:

un destacamento de caballería, precedido por sus trompetas;
un cuerpo de tiradores;
artilleros;
un grupo de cien tamborileros y alumnos del Instituto Nacional (...)
una tropa de músicos que interpretarán melodías patrióticas durante la
marcha (...)7

La música, los himnos y las campanas eran también parte de las celebraciones revolucionarias, como lo fueron de las fiestas populares tradicionales. De acuerdo con Ozouf, “para los comisarios ninguna ceremonia republicana parecía haber sido un festival si no incluía por lo menos un repique de campanas”.8 Este repique era, pues, importantísimo, y representaba el llamado colectivo a participar de las fiestas revolucionarias. Para el Festival del Ser Supremo, específicamente, se programó un llamado general que indicaba el inicio de la celebración de la fiesta:

Exactamente a las cinco de la mañana, un llamado general sonará en París. Todos los ciudadanos, hombres y mujeres, serán invitados por este llamado a adornar inmediatamente sus casas con los queridos colores de la libertad, bien colgando sus banderas una vez más o bien embelleciendo sus casas con guirlandas de flores y follaje.9

Los festivales revolucionarios y las *fêtes décadaires* seguían, pues, algunos parámetros de las fiestas populares tradicionales, pero se distanciaban de estas últimas de múltiples maneras. El elemento de distinción más evidente lo constituye el hecho de que las ceremonias revolucionarias se concentraron en temáticas relacionadas con la consolidación de la República, alejándose así de los motivos típicos de los festivales tradicionales del antiguo régimen: el culto religioso y la vida humana diaria.

El carnaval, que constituía una de las formas más importantes de celebración popular antes de la Revolución, se basaba en la expresión, sin restricciones, de las más naturales y viscerales necesidades humanas: la comida, la lucha y el sexo. El carnaval representaba la oportunidad de violar las reglas cotidianas y volcar el orden establecido, disfrutando de excesos de los que no se podía gozar bajo las condiciones rutinarias de la vida cotidiana. Se trataba de celebraciones “especiales en las que la gente dejaba de trabajar y comía, bebía y gastaba todo lo que tenía (...) un momento de despil-

7. “Programa oficial del Festival del Ser Supremo”, en Colin Lucas, edit., *The French Revolution Research Collection*, 12 Secciones, Oxford, 1989, Sección 12, p. 386.

8. Mona Ozouf, *Festivals and The French Revolution*, p. 226.

9. Programa oficial del Festival del Ser Supremo, Sección 12, p. 385.



Figura 3. Detalle de grabado del Festival del Ser Supremo. Tomado de Lynn Hunt, *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1984, p. 111.

farro, precisamente porque el día a día era un tiempo de cuidadoso ahorro".¹⁰ La burla, la sátira, la ironía y la paradoja fueron esenciales en estas fiestas. El carnaval era el espacio para confesar los instintos humanos, pero siempre con humor y sinceridad escondidos tras los disfraces, los chistes y la trasgresión. Comúnmente, las procesiones del carnaval se caracterizaron por la participación de gente con máscaras caricaturescas, de hombres vestidos de mujer, de mujeres vestidas de hombre, y se usaban enormes chorizos que representaban la comida y el sexo como los placeres humanos por excelencia.¹¹

Las fiestas celebradas en el antiguo régimen se concentraban en temas que la Revolución no deseaba enfatizar, sino neutralizar, en el mejor de los casos. Estas fiestas ocuparon un lugar fundamental dentro del calendario anual de celebraciones y su objetivo era conmemorar las fechas señaladas por la Iglesia católica que se relacionaban con el culto religioso. El verano era una de las épocas dedicadas a las celebraciones religiosas. El Corpus Christi, la Asunción de la Virgen y la fiesta de San Juan, por ejemplo, tenían lugar durante este período del año.¹²

EL RITUAL Y LAS FIESTAS DE LA REVOLUCIÓN: EL FRACASO DE LA ESTRATEGIA POLÍTICO-PEDAGÓGICA

Los festivales revolucionarios se definieron como rituales al servicio de la Revolución y sus ideales.¹³ Incorporaron a sus ceremonias un aspecto importantísimo del ritual: la repetición sistemática de símbolos, espacios y tiempos, con lo que se buscaba generar un sentido de apropiación y asimilación. Los campos, las plazas y las calles eran los lugares de los festivales, estaban al alcance de todos y podían ser reconocidos como propios por los participantes de las fiestas revolucionarias. El asunto del tiempo también estaba resuelto. A pesar de que la gente continuó considerando el domingo como el verdadero día de descanso, el *décadi* fue para todos el día de las celebraciones revolucionarias. Por su parte, las estatuas de Libertad, las banderas tricolores, los gorros frígios y los árboles de la libertad, entre otros,

10. Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe*, London, Temple Smith, 1978, p. 178.

11. *Ídem*, pp. 182-185.

12. *Ídem*, p. 181.

13. Para una descripción detallada de los festivales revolucionarios en términos del ritual, ver Joseph Byrnes, "Celebration of the Revolutionary Festivals Under the Directory", en *Church History Journal*, No. 63, vol. 2, 1994, pp. 201-220.

fueron las imágenes utilizadas constantemente durante las ceremonias de la Revolución. Ahora, si bien es cierto que los festivales asumieron este aspecto propio del ritual, y que la élite revolucionaria se interesó en estrategias que generaran sentimientos favorables y poderosos hacia la República—como se describió en el primer acápite de este artículo—, las fiestas revolucionarias no lograron convertirse cabalmente en rituales y, así, alcanzar sus metas.

Un ritual es una ceremonia que incluye ciertas actividades y “gestos místicos” que permiten a sus participantes experimentar sentimientos vívidos y fuertes, difíciles de expresar en palabras; se trata, específicamente, de un acto en el que las emociones experimentadas podrían ser eventualmente definidas, pero solo luego de ser advertidas por los sentidos.¹⁴ En el ritual cabe el sentimiento, no el entendimiento. Su esencia es manejar los “gestos místicos” de tal modo que surja una atracción absoluta, no mediada por una explicación racional. El ritual presupone la capacidad de conducir a los participantes a un estado de agitación que permita, en últimas, un sentimiento de comunión con los elementos propios del ritual mismo, así como su asimilación. Además, presupone que la condición emocional alcanzada a través suyo se experimenta gracias a que su tema logra ser percibido por los participantes como parte central de sus vidas. La principal dificultad de los festivales revolucionarios era, pues, que su público no tenía esta cercanía emocional con las imágenes utilizadas en las celebraciones. Los participantes estaban lejos de comprender y asimilar la información que se suponía debían transmitir los símbolos revolucionarios. Las imágenes de los festivales se basaban en las de la antigüedad clásica,¹⁵ e implicaban algún tipo de conocimiento o, por lo menos, de explicación. Sus significados no eran evidentes, era necesaria una interpretación. Por ejemplo, la figura mitológica de Hércules, utilizada especialmente durante el período radical de la Revolución, representaba fuerza, inteligencia y virtud. Hércules era un semidiós, nacido de Zeus y de la mortal Alcmena; era poderoso con sus músculos y con las armas, y ello le permitió llevar a cabo los doce trabajos encomendados por el oráculo. Este Hércules pareció ser el emblema más adecuado de la Revolución durante el período radical, entre 1793 y 1794, cuando se defendió la República con mayor vehemencia. Para el momento en que Hércules era la figura favorita de la Revolución, éste se mostraba como un joven poderoso que protegía a Libertad e Igualdad, las primeras imágenes de la República, como si se tratara de un hermano mayor que cuida de

14. Ver Edward Muir, *Ritual in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, p. 2.

15. Ver Mona Ozouf, *Festivals*, pp. 269-271.

sus hermanas. Al final de la década revolucionaria, Hércules se representaba de modo diferente; ahora era un hombre maduro y tranquilo, que ya no se ocupaba de sus hermanas sino que las acogía apaciblemente entre sus brazos.¹⁶ En últimas, las imágenes eran parte de una retórica dispuesta por la élite revolucionaria. La gente común, a la que se dirigían primordialmente los festivales, no podía estar sino al margen del trasfondo de la simbología revolucionaria; generalmente tenía escasos ingresos y bajo nivel educativo, y ello no le permitía estar al corriente de las tendencias actuales de pensamiento, algo muy natural en otros sectores sociales.¹⁷

El problema no consistía en que los festivales revolucionarios no se concentraran, como las fiestas tradicionales populares, en la comida, el sexo y la violencia. El problema era que la temática y la simbología retóricas no lograban ser lo suficientemente persuasivas, al estar mediadas por un conocimiento específico. Se perdía así la agitación emocional propia del ritual, que pretendía estar en la base de los festivales. Ahora bien, es preciso reconocer que sería apresurado asumir sin más que las imágenes revolucionarias no transmitían nada a la gente. Los participantes de los festivales por lo menos debieron interpretar, a su manera, las imágenes y símbolos retóricos, creando quizá sentidos distintos al original.

Parece cierto, en todo caso, que otras esferas de la Revolución tuvieron mayor éxito que la de los festivales revolucionarios, al definirse como arenas en las que el pueblo francés tenía un lugar aún más especial, en donde era el protagonista principal de un tiempo único de cambio. El surgimiento de los *sans-culottes*, específicamente, y su conexión con el mundo de los artesanos, es un ejemplo de ello. La idea de que los *sans-culottes* hicieran parte de la Revolución implicaba la participación real y efectiva de la gente común, fiel a las políticas de la República, en el proyecto revolucionario.¹⁸ Además, implicaba que dentro del proceso de ruptura aparecieran no solo las formas impuestas por la élite revolucionaria, sino también las formas populares, directamente relacionadas con la cultura del artesano, el aprendiz y el maestro.¹⁹

16. Ver Lynn Hunt, *Politics, Culture and Class*, pp. 93-119, para una genealogía completa del uso de Hércules en la retórica revolucionaria.

17. Ver Emmet Kennedy, *A Cultural History of the French Revolution*, London, New Haven, Yale University Press, p. 35.

18. Confrontar Michael Sonenscher, "The Sans-culottes of the Year II: Rethinking the Language of Labour in Revolutionary France", en *Social History*, No. 9-10 (1984-1985), p. 325.

19. Ver Michael Sonenscher, "Artisans, Sans-culottes and the French Revolution", en Allan Forrest y Peter Jones, edit., *Reshaping France*, Manchester, University Press, 1991, p. 113.

Los festivales revolucionarios se impusieron en la década revolucionaria y desaparecieron cuando ésta terminó. Esto no sucedió con las fiestas populares tradicionales, las cuales siguieron celebrándose como de costumbre, como un ritual verdadero. Incluso durante 1789 y 1799, y a pesar de los esfuerzos de la élite revolucionaria, continuaron teniendo lugar sin que los festivales pudiesen reemplazarlas. No hubo nada que los legisladores pudiesen hacer para arrancarlas del acervo cultural y popular de la gente. La fiesta tradicional venció a los festivales revolucionarios. A pesar de los obstáculos, se llevaron a cabo los carnavales y las fiestas religiosas, aunque tuvieran que ser retrasadas por diversas circunstancias: “La fiesta de San Juan, habitualmente tan vistosa en Sceaux-Penthiere, no ha podido realizarse. Se aplazó para el próximo miércoles, día del San Pedro. La aguas jugarán, y se abrirá el baile campestre. El Bonito Domingo se aplazó también para el domingo siguiente...”²⁰

Fecha de recepción: 08 febrero 2008

Fecha de aceptación: 28 marzo 2008



20. “Ami du Roi, 28 de junio de 1791”, en Colin Lucas, edit., *The French Revolution Research Collection*, sección I, p. 221.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

- “Programa oficial del Festival del Ser Supremo”, en Colin Lucas, edit., *The French Revolution Research Collection*, 12 secciones, Oxford, 1989, sección 12.
- “Ami du Roi, 28 de junio de 1791”, en Colin Lucas, edit., *The French Revolution Research Collection*, 12 secciones, Oxford, 1989, sección 1.

FUENTES SECUNDARIAS

- Burke, Peter, *Popular Culture in Early Modern Europe*, London, Temple Smith, 1978.
- Byrnes, Joseph, “Celebration of the Revolutionary Festivals under the Directory”, en *Church History Journal*, No. 63: 2, 1994.
- Hunt, Lynn, *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1984.
- Kennedy, Emmet, *A Cultural History of the French Revolution*, London, New Haven, Yale University Press, s.f.
- Muir, Edward, *Ritual in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- Ozouf, Mona, *Festivals and the French Revolution*, Massachusetts Harvard University Press, 1988.
- Sonenscher, Michael, “Artisans, Sans-culottes and the French Revolution”, en Forrest Allan y Peter Jones, eds., *Reshaping France*, Manchester, Manchester University Press, 1991.
- _____, “The Sans-culottes of the Year II: Rethinking the Language of Labour in Revolutionary France”, en *Social History*, Nos. 9-10, 1984-1985.